

BREVE HISTORIA del...

CONDON

Y DE LOS
MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS

Ana Martos

Un apasionante recorrido histórico por la evolución de los métodos anticonceptivos: desde el condón de Tutankhamon hasta la «chica de la maleta roja»

BREVE HISTORIA DEL CONDÓN Y DE LOS MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS

Ana Martos



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del condón y de los métodos anticonceptivos
Autor: © Ana Martos

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-784-8

Libro electrónico: primera edición

Pues no, Dorisa bella, no te espantes
que no es como en el título parece,
en la sustancia, esta obra es abominable.

Nicolás Fernández de Moratín,
El arte de las putas.

Índice

Prólogo

Capítulo 1:

De *homo erectus* a *homo eroticus*

¿Quién arará mi terreno húmedo?

Parirás a tus hijos con dolor

Moler el molino sin hacer pasar el agua

Detente, Abraham

La muerte del esperma

Un protector para el pene real

El discutible condón prehistórico

Capítulo 2:

De infanticida a espermicida

Hijos de la fortuna

Colóquese en la vulva de la mujer

El método de los siete saltos

Nunca daré un pesario para un aborto

Las impúdicas profesionales

Condomes y diafragmas para ellas

Las bolas de oro de Casanova

El condón de Tutankamón

Capítulo 3:

De cuestión privada a cuestión pública

Cuando el estado toma las riendas

La doble moral romana

La controvertida legislación

sobre el aborto
Otro punto de vista:
religioso y filosófico
Las execrables prácticas
en contra de la naturaleza
A la prima segunda, métesela a fondo
El método de control por excelencia
La ruleta vaticana

Capítulo 4:

De concebir sin pecar a pecar sin concebir
Cuando la sexualidad se secularizó
El método de la Coca Cola
La revolución de las francesas
Un testimonio muy valioso
Ensayo sobre el principio
de la población
Los moralistas
El caballito francés
La píldora y sus detractores
Aquí no vendemos esas cosas

Capítulo 5:

De la gorra inglesa al condón invisible
Materiales naturales
y materiales nobles
Sexo con seso
Las enfermedades que procura Venus
El mal francés
Un abrigo contra el mal francés
Telaraña contra la enfermedad
La gorra inglesa
Mejor que nada
Las rebajas de Londres
Usar y tirar

Capítulo 6:

Muerte y resurrección del preservativo

El arte de engañar a la naturaleza

El inevitable progreso

Las octavillas diabólicas

El coito impuro

Preservarse de la gordura fatal

Pozos de pasión

Los mitos anticondón

Póngaselo antes de meterla

La muerte del condón

La peste del siglo xx

El condón ha resucitado.

Póntelo, pónselo

La chica de la maleta roja

Bibliografía

Prólogo

La historia del condón es, en parte, la historia de las enfermedades venéreas y, en parte, la historia de la contracepción y del control de la natalidad. Convendría, en principio, distinguir estos dos últimos conceptos.

El control de la natalidad existe desde el momento en que los estados, los pueblos o las familias comprendieron que excedían sus posibilidades de mantener a todos los hijos que nacían. El control de la natalidad pertenece, por ello, tanto al ámbito privado como al ámbito público. En el ámbito privado, cada familia o persona aplica un método según sus conocimientos, posibilidades o recursos. En el ámbito público, los estados se han ocupado de penalizar o premiar los nacimientos, según conviniera, mediante leyes, campañas de concienciación o recomendaciones.

Cada pueblo, cada familia o cada individuo ha utilizado un sistema para controlar la natalidad, es decir, para evitar que el número de hijos creciese demasiado. Los métodos empleados van desde el aborto hasta los programas de abstención periódica en función de las etapas fértiles de la mujer. Se suelen utilizar distintos tipos de productos, tratamientos o adminículos con el fin de evitar que el esperma se deposite o se mantenga en el útero para, así, impedir que los óvulos maduros entren en contacto con espermatozoides vivos.



Una de las forma más atroces de controlar la natalidad fueron las matanzas de niños. Esto sirvió al mismo tiempo para aplacar la cólera de algún dios sanguinario o bien para obtener sus favores. Más adelante esta costumbre fue sustituida por los sacrificios de animales.

La contracepción impide el encuentro entre el óvulo y el espermatozoide, es decir, impide la concepción; la antinidación perturba el medio que habría de servir para alimentar al feto y, por tanto, le impide desarrollarse. Los modernos anovulatorios inhiben la ovulación o bloquean el cuello del útero. La píldora que se toma cuando se retrasa la menstruación, interrumpe la gestación, mientras que los métodos llamados «naturales» limitan las relaciones sexuales a los periodos de infertilidad.

Otro método de control de natalidad que no es en modo alguno contraceptivo es el infanticidio o el abandono de los hijos no queridos después de su nacimiento. Este, por desgracia, es un sistema que se viene empleando desde el principio de los tiempos y que, a pesar de todas las medidas contraceptivas e incluso abortivas existentes, continúa vigente en nuestros días.

1

De homo erectus a homo eroticus

Bien haya el inventor tan excelente
de un arte en todas formas eminente,
tan útil y gustoso. ¿Quién sería?
¡Qué elogios al saberlo yo le haría!
Mas, ¿cómo no percibe mi rudeza
que el autor solo fue Naturaleza?
En la ley natural no fue delito
ser los hombres más justos putañeros,
ni tuvo entonces tasa el apetito.

Nicolás Fernández de Moratín,
El arte de las putas.

En el reino animal, la sexualidad está sometida a los ciclos de fecundidad, porque las hembras solamente aceptan copular con los machos durante los periodos fértiles, los que se conocen habitualmente como «celo».

Lo mismo sucedió con la especie humana hasta que, hace entre treinta o cuarenta mil años, la hembra independizó su deseo sexual de sus ciclos fértiles y se acercó al macho incluso estando preñada, algo que ninguna otra hembra animal hubiera admitido. Este hecho se deduce de los cambios de comportamiento sexual que aparecen plasmados en las paredes de las cuevas habitadas por seres humanos a lo largo del Paleolítico Superior. En las imágenes más antiguas, la información gráfica de actividad sexual humana aparece siempre relacionada con la fecundación,

mientras que, en los dibujos más tardíos, se aprecia que la sexualidad se relacionaba ya con el placer, la seducción y la exploración de objetos sexuales (Javier Angulo y Marcos García, *Diversidad y sentido de las representaciones masculinas fálicas paleolíticas en Europa occidental*).

Los resultados de esa emancipación fueron sin duda enriquecedores para la especie y subrayaron nuevas diferencias respecto a los demás animales, una de las cuales fue el nacimiento del erotismo, manifestaciones de la sexualidad que nada tenían que ver con lo genésico. Tengamos en cuenta que, para la biología, la sexualidad es el conjunto de actividades y hechos relacionados con la procreación. Sin embargo, el ser humano empezó a utilizar el placer sexual como moneda de intercambio y terminó por convertirlo en una forma de salvar el abismo que le separa del resto del universo y unirse simbólicamente con el mundo¹.

No obstante, al comprobar que, a diferencia de las hembras animales, la hembra humana continuaba sintiendo deseo sexual después de aparearse y de concebir, surgió un mito que ha venido planeando sobre la mayoría de los pueblos, que ha sobrevivido a la Edad de la Razón y que reaparece constantemente en nuestro tiempo, tanto en las culturas más conservadoras como en las más renovadoras: la desmesura del deseo de la mujer, la leyenda de la devoradora de hombres, de la mantis religiosa, de la vagina dentada.

En la Antigüedad, este mito aparece plasmado en figuras, relieves y tallas de diosas prehistóricas que son a la vez madres, amantes y devoradoras, como la diosa india Cali, que da la vida y la arrebató, o como las figuras precolombinas de muchas culturas de América que muestran diosas con una boca entre las piernas, dotada de dientes bien afilados, amenazadores y castrantes.

Para los humanos, la diosa se convirtió en el mito de la hembra demandante a la que ningún macho es capaz de satisfacer. Un mito que ha suscitado el temor ancestral del varón al sexo femenino, un sexo oculto, interno, oscuro y misterioso que, además, mana sangre². Tan oscuro y misterioso como sus pensamientos e intenciones. Un temor que probablemente indujo un día al hombre a someter a la mujer y a convertirla en un ser inferior y oprimido, para mantener bajo control su temible voracidad sexual y su aún más temible astucia.

Mitos aparte, la adquisición de la conciencia, esa capacidad que permite al hombre saber intelectualmente que su destino es la muerte, determinó la principal diferencia respecto a los animales. Y la sexualidad marcó nuevos distanciamientos.

¿QUIÉN ARARÁ MI TERRENO HÚMEDO?

Primero fueron los ritos de fertilidad, espectáculos sexuales y danzas rituales empapadas de erotismo que habían de atraer la fecundidad sobre los hombres, los animales y las tierras.

Los artistas o, probablemente, los chamanes, idearon numerosos símbolos femeninos cargados de poder genésico, figuras emblemáticas que en los siglos XIX y XX se llegaron a denominar «pornografía plástica de la prehistoria», sin comprender que aquellas manifestaciones artísticas eran precursoras del arte religioso. Vulvas ostentosas, pechos contundentes, vientres fecundos, caderas desmedidas, representaron la función maternal de la mujer, la madre, la diosa, el origen de la vida. Esto bien pudo proceder de un tiempo en que los hombres desconocían la relación entre el sexo y la generación y atribuían exclusivamente a la hembra la capacidad de

procrear, como la tierra producía frutos silvestres sin necesidad de sembrarla.

La magia por analogía (o por simpatía) estableció una relación estrecha entre la sexualidad humana y la fertilidad de los animales o de la tierra, convirtiendo el ritual sexual en garantía de fecundidad y de éxito social. En todas las culturas, los adolescentes han celebrado siempre su llegada al mundo adulto, es decir, su capacidad para procrear, con distintos rituales que, al refinarse los pueblos, se convirtieron en ceremonias de presentación en sociedad, como la puesta de largo para las jóvenes (esos bailes de debutantes que todavía vemos en las películas) o las novatadas para los muchachos.

La invención de la agricultura hizo surgir la conexión entre el acto sexual y la fertilidad de la tierra y de los animales domésticos, una idea de la que participaron las comunidades agrícolas de todo el mundo, celebrándose rituales de danzas y apareamientos litúrgicos que habían de promover la abundancia de frutos y de crías humanas y animales.



Venus de Willendorf (c. 25 000-20 000 a.C.), hallada en Willendorf en 1908. Este emblema de fecundidad se conserva en el Museo de Historia Natural de Viena, Austria.

EL PODER FEMENINO

Varios antropólogos de los siglos XIX y XX aseguraron haber encontrado tribus en Australia que desconocían la intervención masculina en la reproducción, atribuyendo la fecundación a espíritus que se introducían en el útero de la mujer. Hay estudiosos que opinan que estas mismas creencias determinaron hace miles de años la preponderancia de la mujer sobre el hombre en los pueblos primitivos constituidos como matriarcados.

Otros señalan que fueron los pastores quienes observaron por primera vez la relación entre la cópula y la fecundación de los ganados y comprendieron la trascendencia del papel del varón en la generación, dando lugar a las sociedades patriarcales. De hecho, algunas mitologías atribuyen a los pastores la victoria sobre las tribus de amazonas, mujeres guerreras y poderosas que han simbolizado el matriarcado.

De la civilización sumeria nos ha llegado el texto más antiguo que recoge el simbolismo entre el acto sexual y la siembra. Es un himno procedente del tercer milenio antes de nuestra Era, en el que la diosa virgen y madre Inanna pregunta: «¿Quién arará mi vulva? ¿Quién arará mi terreno húmedo?» y el dios pastor Dumuzi responde: «Gran señora, yo araré tu vulva».

En Sumer, la gran sacerdotisa Inanna ejercía la prostitución sagrada copulando una vez al año con el rey, del que era esposa ritual, para materializar en la tierra los actos de los dioses en el cielo. Nos lo cuenta el himno que canta la Santa Boda entre la sacerdotisa Shubad, encarnación terrenal de Inanna, y el rey Mescalamdug, encarnación terrenal de Dumuzi, quien la conduce a la cámara sagrada para celebrar el rito que asegurará durante un año la fertilidad de las mujeres sumerias, de los animales y de las tierras.

PARIRÁS A TUS HIJOS CON DOLOR

Aquel cambio que se produjo en la hembra del homínido y que convirtió la receptividad sexual limitada propia de los animales en disponibilidad permanente propia del ser humano determinó la capacidad de la hembra humana para reproducirse en cualquier época del año. Y entonces tuvo lugar una nueva circunstancia que hasta ese momento no se había previsto. El exceso de población llegó a poner en peligro la subsistencia de los pueblos.

No obstante, el hecho de que la hembra humana fuera capaz de concebir a lo largo de todo el año no debió suponer por sí solo un exceso de población. Hay que tener en cuenta las elevadas tasas de mortalidad infantil, la costumbre de muchos pueblos de sacrificar niños a los dioses y, además, claro, la dificultad de la hembra humana para dar a luz.

Si observamos los mitos antiguos, podemos interpretar la maldición bíblica con la que el dios judío acompañó la expulsión del Paraíso: «parirás a tus hijos con dolor». Significa que cuando el ser humano se irguió, hace unos diez millones de años, sobre sus dos extremidades posteriores, la nueva postura dificultó el parto —a veces con resultado de muerte— porque, para mantener el equilibrio, el canal pélvico hubo de estrecharse. La selección natural se ocupó de favorecer a las hembras que parían crías prematuras o de pequeño tamaño, capaces de atravesar sin riesgo la estrechez de la pelvis.

Las hembras animales parían sin grandes dificultades y sus crías se independizaban rápidamente, pero las hembras humanas que conseguían dar a luz y mantenerse con vida, parían hijos inmaduros dependientes y necesitados de cuidados durante largo tiempo, lo que obligaba a las madres a dedicarles la atención que hubieran podido dedicar a la caza o a la recolección. Para subsistir, recabaron la protección del macho que debía proporcionarles alimento y amparo. Por fortuna, para entonces, ya las mujeres contaban con una poderosa moneda de cambio con la que pagar sobradamente los servicios masculinos: los favores sexuales continuados y el recién estrenado erotismo.

Para los machos aquello debió ser la vuelta al Paraíso. La hembra siempre en celo y siempre dispuesta a copular. Y, por si fuera poco, el coito frontal que permitía el encuentro social, el reconocimiento del rostro de la hembra que se ofrecía solícita y que expresaba el placer que los

movimientos pélvicos masculinos le producían al estimular rítmicamente su clítoris. Una nueva distinción de las otras especies animales y un nuevo hallazgo de la sexualidad humana. El *homo erectus* se había convertido en *homo eroticus*.

MOLER EL MOLINO SIN HACER PASAR EL AGUA

Los aedos contaban que un día la Tierra se quejó con su hijo Zeus: «Me pesan mucho los hombres. ¿Por qué no promueves una guerra para que mueran unos cuantos?».

Llegó un día en el que fue necesario recurrir a nuevos medios para impedir el desbordamiento demográfico. Cuando ya ni las enfermedades, ni las migraciones, ni los sacrificios, ni las guerras consiguieron equilibrar el balance entre muertes y nacimientos, el hombre estableció una nueva diferencia con los animales: empezó a espaciar su reproducción.

Evitar la reproducción no siempre obedeció a la presión demográfica. Una de las primeras descripciones que conocemos de un método para eludir un coito fecundo aparece en la *Biblia (Génesis, 38: 8-10)*, en el relato del matrimonio de Onán y Tamar y su finalidad nada tuvo que ver con los motivos que subyacen generalmente a la contracepción.

Tamar se casó con Er, hijo de Judá, pero quedó viuda antes de tener hijos. Dado que para un judío no hay cosa peor que morir sin descendientes, Judá obligó a su segundo hijo, Onán, a cumplir la ley del levirato, casándose con su cuñada y procreando hijos para el hermano muerto.

Pero Onán, sabiendo que los hijos que su mujer pariera no serían sus herederos, sino los de su hermano, derramaba su simiente en la tierra, es decir, practicaba el coito interrumpido. Y Dios castigó con la muerte su desobediencia a la ley del levirato.

Dos veces viuda y sin hijos, Tamar se vio abocada a esperar largos años hasta que el menor de sus cuñados, Selá, tuviese edad para desposarla. Temió que aquel matrimonio nunca tuviera lugar o que ella perdiera la fertilidad antes de volverse a casar y tomó una decisión valiente y definitiva. Se disfrazó de prostituta y sedujo a su suegro Judá, con el que tuvo finalmente dos hijos gemelos, Farés y Zara.



Judá y Tamar, por Jean Horace Vernet. Tamar no consiguió hijos de ninguno de sus dos esposos y se vio obligada a engañar a su suegro, disfrazándose de prostituta, para tener descendencia.

El coito interrumpido fue, sin duda, el primer método empleado para evitar la concepción. No precisa instrumentos ni pócimas ni lavatorios y, además, se le puede ocurrir al más ignorante, como dice Alfred Savuy.

Sin embargo, no se encuentran demasiadas referencias exceptuando la historia de Onán y algunas otras, como un poema de Arquiloco de Paros que, en el siglo VII a. C., cuenta que sedujo a la hermana menor de su prometida y que «se dejó ir con todo su vigor sobre ella, aunque apenas rozando su vello castaño».

Un historiador francés que vivió a caballo entre los siglos xvi y xvii, Pierre de Brantôme, explica las muchas trampas que realizaban las damas de la corte de los Valois para «evitar el escándalo» y cuenta que muchas mujeres engañaban a sus maridos y consentían en tener hijos de sus amantes, mientras que otras se les entregaban sin quedar embarazadas de ellos para no engañar al marido con hijos de otro, porque estaban convencidas de que no le ponían los cuernos «si el rocío no les entraba dentro».

COITUS INTERRUPTUS

El coito interrumpido sigue siendo uno de los métodos más utilizados en nuestro país, a pesar de la abundancia de información sexual disponible. La revista médica Jano publicó el 18 de septiembre de 2008 el resultado de un estudio de salud e higiene íntima realizado por la Sociedad Española de Ginecología y Obstetricia, según el cual, cuatro de cada diez españolas entre 15 y 50 años no utiliza método anticonceptivo alguno en sus relaciones sexuales y un 21 % usa el coito interrumpido habitualmente, porcentaje que se eleva hasta el 33 % entre las adolescentes. El coito interrumpido es el tercer método más empleado por las españolas, después del preservativo masculino (44 %) y de la píldora (35 %).

Cuenta Alfred Savuy que los corsarios apresaron en cierta ocasión al caballero Sanzay de Bretaña y lo vendieron como esclavo a un clérigo de la mezquita de Argel. Recreando la historia bíblica de José y la mujer de Putifar, parece que la esposa del clérigo musulmán se enamoró del caballero francés y se acostó con él con la condición de que no permitiera que una sola gota de su semen cristiano contaminara su cuerpo, porque eso ofendería al Profeta. Y dicen que él obedeció y que «molía en el molino de su dama sin hacer pasar el agua.»

Cierto es que tampoco parece muy necesario elaborar textos explícitos sobre el empleo de este método tan común, ya que es sobradamente conocido y, además, salvo manifestaciones de índole poética o mística, es una

actividad que permanece en la intimidad más oscura de la pareja, sin intervención de terceros y sin que trascienda al exterior, al contrario que los otros dos métodos de control de natalidad más utilizados en la historia antigua: el aborto, del que hablaremos más adelante, y el infanticidio, muy anterior.

La literatura sexual de la antigua China aporta detalles sobre el coito interrumpido y la retención seminal como una gimnasia terapéutica para controlar la propia actividad sexual. Señala que el semen es el tesoro máspreciado del hombre y que su emisión supone una pérdida que solamente se contrarresta con la recepción de una cantidad equivalente de semen femenino. Por tanto, el hombre ha de satisfacer completamente a su mujer en el coito aunque él no debe permitirse eyacular más que en ciertas ocasiones.

En Occidente, al creer que la mujer era fértil todo el año, los hombres tuvieron que esmerarse por aprender a evitar eyacular dentro de la vagina para prevenir embarazos no deseados. Es probable que, al menos en el ámbito en que se produjo aquel gran movimiento del amor cortés, los hombres se aplicaran a retener la eyaculación hasta que la mujer hubiera experimentado el orgasmo.

No es nada nuevo, por tanto, la técnica que muchos hombres de hoy han aprendido para controlar su eyaculación y «esperar» a que la pareja haya llegado no solamente a un orgasmo, sino, en muchos casos, a tres o cuatro si la mujer es multiorgásmica.

DETENTE, ABRAHAM

Según la *Historia Universal de la Medicina* dirigida por Laín Entralgo, no hay indicio positivo alguno de aborto o infanticidio en la Prehistoria. Las matanzas rituales de niños aparecen en culturas complejas, durante el periodo predinástico egipcio y en América precolombina. Más tarde,

las víctimas fueron reemplazadas por animales. El mismo Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada azteca, llegó a sufrir las burlas de los partidarios del sacrificio humano cuando sus seguidores decidieron sustituir a los niños por pájaros, mariposas o serpientes.

El pueblo hebreo, como todos los pueblos semitas, practicó el infanticidio hasta que el contacto con el ya entonces civilizado pueblo egipcio le llevó a reemplazar la bárbara costumbre de sacrificar el primogénito a los dioses por un sacrificio animal. Nos lo cuenta detalladamente el mito de Isaac, condenado a ser inmolado a los crueles dioses hebreos y salvado oportunamente por un nuevo dios más amable y comprensivo que aceptó un becerro en lugar del niño. No olvidemos que Abraham, padre de Isaac y protagonista del mito, procedía de Ur, en Caldea, lo que señala su origen semita. Un poema expresa el reemplazo de un dios sanguinario por otro bondadoso:

«Detente, detente, Abraham, no mates a tu hijo Isaac, que ya está mi Dios contento de tu buena voluntad.»

El dios sanguinario es el que demanda «Conságrame todo primogénito, todo lo que abre el seno materno entre los hijos de Israel, tanto de hombres como de animales», (*Éxodo* 13) y el dios bondadoso es el que señala «Misericordia quiero y no sacrificios», (*Oseas* 6.6). Entre estas dos frases bíblicas algo había sucedido evidentemente. Los dioses crueles hebreos, Elhoim (que significa «dioses» en plural), se habían convertido en un solo dios más bondadoso, Yahvé o Jehová (que ya es un nombre propio).

Otros mitos antiguos nos recuerdan la costumbre de sacrificar niños para aplacar a dioses sanguinarios, como la historia de Ifigenia, ofrecida por su padre Agamenón para propiciar los vientos que permitieran a las naves griegas partir hacia Troya; como Andrómeda, ofrecida por su madre

Casiopea para pacificar a Neptuno irritado por su arrogancia; como la hija que Jephta que ofreció a Dios en sacrificio (*Jueces* 11, 30-39); como las matanzas de niños egipcios que llevó a cabo el ángel del dios hebreo para mostrar al faraón su poder brutal; o como la famosa leyenda de la matanza de los Inocentes ordenada por el rey Herodes. Son mitos que recrean las hecatombes de niños de algunos pueblos primitivos y que aparecen solamente en obras de carácter religioso, sin nombre de autor ni datos históricos contrastables³, que se solían atribuir a personajes antiguos, venerables o relevantes, para darles más importancia.



Andrómeda, de John Edward Poynter. El mito de Andrómeda, como el de Ifigenia, el de Jephtha o el de Isaac, cuenta la costumbre que tenían algunos pueblos antiguos que consistía en sacrificar para sus dioses a los niños más hermosos o a los pertenecientes a las familias más encumbradas.